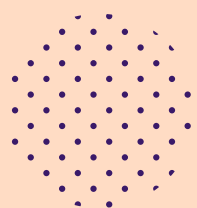
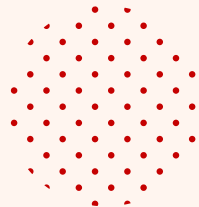


N. 02



*¿Cómo hacer diez
flexiones con
brazos flacos?*



•MEMBRANA•

No. 2

Proyecto Editorial

¿Cómo hacer diez flexiones con brazos flacos?

Sobre la creación literaria colectiva.

BANDERA EDITORIAL

MEMBRANA NO. 2

Abril de 2021

a

Alcaldía Mayor de Bogotá

Claudia Nayibe López Hernández
Alcaldesa Mayor de Bogotá

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

Nicolás Montero Domínguez
Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes-Idartes

Catalina Valencia Tobón
Directora General

Paula Villegas Hincapié
Subdirector de las Artes

Mauricio Galeano Vargas
Subdirector de Equipamientos Culturales

Adriana Cruz Rivera
Subdirectora Administrativa y Financiera

Leyla Castillo Ballén
Subdirectora de Formación Artística

Programa Crea

José Alberto Arroyo Valencia
Orientador General - Programa Crea.

Alba Yaneth Reyes Suarez
Orientadora equipo pedagógico Programa Crea

Equipo de Publicaciones e investigación **Programa Crea:**

Juliana Escobar Cuéllar
Orientadora equipo.

Nathalie Peña.
Apoyo equipo.

Comité editorial: Carolina Ramírez, Melissa Gómez, Nathalie Peña y Juliana Escobar Cuéllar.

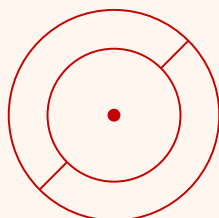
Autores textos: Leonardo Ortiz Franco, Nicolás Medina Lozano, Luz Verónica Sandoval, Alejandro Vergara y Carolina Ramírez.

Imágenes:
Collage páginas 9, 14 y 19: Nathalie Peña
Collage páginas 6, 11 y 16: Juliana Escobar Cuéllar

Diseño y portada: Johann Tarazona Matiz
Diagramación: Juliana Escobar Cuéllar.
Corrección de estilo: Nicolás Medina Lozano.

El contenido de este texto es responsabilidad exclusiva de los autores y no representa necesariamente el pensamiento del Instituto Distrital de las Artes-Idartes. Esta publicación no puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en medio magnético, electromagnético, mecánico, fotocopia, grabación u otros sin previo permiso de los editores.

¿Qué es Membrana?



Membrana es un proyecto editorial del equipo de Publicaciones e investigación del Programa Crea de Idartes. Alude a la metáfora de la membrana celular en su función de dar forma y sostén a la estructura de esta unidad anatómica para convertirse en la piel-umbral que regula el paso de nutrientes y de información que ingresan a esta unidad mínima de los seres vivos. Este boletín quiere dar forma a una parte del conocimiento que emerge en el programa desde las prácticas artísticas, pedagógicas e investigativas; propiciando que el escenario editorial permita la salida de esas enzimas y proteínas que nacen en el intercambio de saberes y en la construcción de aprendizajes y reflexiones de la diversidad de quehaceres de este laboratorio de educación artística.

Como un escenario editorial digital y experimental, estará revisando sus propios tejidos para reconstruirse y mutar en el ejercicio de comprender que el conocimiento no tiene formas unívocas de manifestarse y es más una materia flexible que puede alterar su genotipo-fenotipo.

ABRIR LA VENTANA

Presentación del número.

Nathalie Peña

4

Dos metros de distancia como mínimo; el escalofrío en la espalda cuando, en la eterna fila, alguien osa acercarse un poco más de lo indicado por las marcas en el piso; la adicción al alcohol —el antiséptico— en las manos, en la ropa, en los zapatos, en el mercado, en el bolso, en la visita; y una lista larga de manías que se van instalando en lo cotidiano y parecen haber llegado para quedarse por largo rato.

La rutina ha sido permeada por otros rituales y se ha abierto la ventana para mirar hacia afuera, para conocer lo que sucede en la casa de enfrente, para reconocer al otro desde sus sonidos distantes y para sentirlo cercano gracias a la palabra. El sentimiento de extrañeza que pareció amañarse durante casi un año, empieza a cambiar de color y a parecerse cada vez más a lo que ahora reconocemos como propio; por eso con asombro y curiosidad nos permitimos este espacio para preguntar por la práctica artística y pedagógica desde uno de los lenguajes explorados por el Programa Crea: ¿de qué manera experimentan la creación literaria nuestros artistas formadores?

Para responder a esa pregunta, en el presente número de Membrana hemos dado la palabra a los escritores y escritoras del área de literatura, quienes desde sus experiencias antes, durante y después del aislamiento, han construido unas formas de hacer, de pensar, de sentir y escribir, que parecen agrietar en sus cimientos la idea de la escritura como un acto individual y solitario, para proponer la creación artística en colectivo, desde el encuentro y el afecto. A través de un poema, una narración desde el fluir de la conciencia, un relato corto de terror, una conspiración felina y un monólogo en tres actos, el área de creación literaria, en la voz de seis de sus conspiradores, nos hacen cómplices de sus inventos y de las formas en las que se han convertido, como lo afirma Melissa Gómez (orientadora del área), en una comunidad de práctica.

Conocer las apuestas y metodologías de los artistas formadores que convergen en este programa y reconocer sus voces como autores, creadores y confabuladores de miradas que deconstruyen las formas hegemónicas de las artes, es para nosotros un enorme placer y una invitación a abrir las puertas de la casa al trueque de saberes desde cada uno de los lugares en los que se instala la práctica artística en la ciudad.

PASO UNO Y FLEXIÓN DIEZ

Melissa Andrea Gómez Castañeda.

La escritura suele verse como una actividad solitaria que requiere de silencio, una silla cómoda, pocos instrumentos y muchas lecturas previas para su ejecución. En parte lo es, pero pocas veces nos detenemos a pensar en el trabajo colectivo que habita detrás de cada obra terminada; simplemente nos dirigimos de inmediato al nombre propio del autor, a su reconocimiento individual y de vez en cuando echamos un vistazo a su época e imaginamos cómo se destacó entre su generación. Todo esto con el fin de recordar nuestra experiencia frente a cualquier página en blanco a la que tal vez nos hemos enfrentado, y sobre la cual nunca hemos visto a una musa o a un duende soplar las palabras que se supone darán inicio a algo tan increíble como cualquier creación literaria auténtica.

Siendo una de las personas que describí al inicio, a quien le preocupa demasiado encontrar un momento clave y a solas para teclear o al menos trazar cualquier palabra, en el Programa Crea he percibido otros modos de hacer y de pensar la literatura. Es por eso que agradezco este número de Membrana dedicado al trabajo conjunto de nuestros autores, que se centra en relatar las alternativas que a lo largo de distintos encuentros han redefinido la creación literaria ante nuestros ojos; presentándola como un juego de muchas partes en el que a veces somos críticos, otras maestros, defensores de la oralidad o de las historias tradicionales, lectores de nuestro propio tiempo o del que imaginamos futuro (en el que tal vez nos pagarán por escribir), y que nos hace partícipes de los textos de todos.

Reunirnos para compartir fragmentos de nuestras creaciones, ha sido una de las estrategias que he visto crecer y posicionarse de manera natural en el área; como siempre motivamos a los participantes del Programa a contar de qué van sus historias, sin importar si las consideran o no terminadas, parece que hemos perdido el miedo (al menos entre nosotros) a dejarnos reconocer desde nuestra voz narrativa, poética y por qué no; histriónica. Ha sido tanta la importancia que se le ha dado a estos espacios, que incluso hemos buscado la manera de aportar a la escritura de los otros y nos hemos fortalecido desde el taller literario también como formadores, proponiéndonos temas y retos, escribiendo por encargo y para nosotros mismos.

Aunque el trabajo personal es una de las claves para mejorar y aprender cada día en el campo de la creación literaria; escuchar la escritura de otros, en un lugar cotidiano en el que se puede compartir desde un café hasta un buen consejo, fortalece y motiva a los escritores (o en este caso Artistas Formadores) a continuar en el ejercicio, a hacer de él un hábito del que pueden hablar con una especie de comunidad de práctica que está dispuesta a aportar desde el disfrute por la palabra y sus intereses particulares (premisas de la propuesta del área de literatura).



En diferentes discusiones relacionadas con la apuesta pedagógica del área, hemos entendido que la primera misión tiene que ver con instalar un pensamiento poético en todos los participantes, del cual emergerá un sinnúmero de creaciones literarias de forma natural. La apropiación de herramientas técnico-expresivas que permitan desarrollar cualquier apuesta escritural, suele ser el segundo peldaño de todo el andamiaje, pero la construcción no estará completa si no la sometemos a la lectura y al reconocimiento colectivo que permite consolidarnos como grupo e ir aproximándonos a la conformación de una generación de escritores y lectores que perdurará en el tiempo.

El miedo a escribir y a ser leído es algo muy común, y seguramente no se supera del todo a lo largo de la vida. Sin embargo, creo que puede enfrentarse de manera gradual, entendiendo que los textos normalmente pasan por un proceso de corrección y posterior edición, conforme encontramos momentos y personas afables para compartir nuestras creaciones. Espacios como la tertulia, los talleres de escritura, las conversaciones en librerías o encuentros casuales con otros autores, proporcionan un buen material de práctica que nos demuestra lo valioso de nuestro ejercicio. A continuación retrataré en palabras lo que más recuerdo de tales vivencias, como prueba de que es posible dar respuesta a la urgencia creadora que nos asalta con frecuencia.

En primer lugar, viene a mi cabeza un encuentro de la mesa editorial con el maestro Jairo Cobos. Los artistas se dedicaron a hacer vacas de plastilina. Dada su poca destreza para moldear, Leonardo

Ortiz decidió presentarnos su habilidad para rimar y hacernos reír con un poema de acento opita. Otro recuerdo destacado, tiene que ver con el escritor y amigo Daniel Ángel, quien dirigió un taller sobre técnicas narrativas en el Crea Santa Sofía, allí, Nicolás Medina escribió Nevera de andén, utilizando el recurso de fluir de la conciencia, impresionó a los presentes, pues no conocíamos su nivel de grosería, aunque intuíamos su habilidad para narrar. En otra ocasión, un viernes 13, a Salvador, que no se llama así pero no podemos reconocerlo de otro modo, se le ocurrió citarnos a un evento de mini cuentos de terror. Muchos reconocimos la dificultad de escribir para asustar y la facilidad para aterrarnos con las ideas de los otros. En lo particular, Luz Verónica Sandoval no me dejó dormir por varias noches con un corto pero potente relato. De ese encuentro también salió Feuer, de Alejandro Vergara, un cuento que me hizo pensar, en el idioma de los gatos, sobre lo que todos estos artificios literarios realmente significan para cada uno de nosotros.

En la coincidencia de tantas voces, que me animan a seguir siendo parte de tan selecta comunidad de práctica a la que continuaremos reconociendo como área de literatura, decido darle la palabra a una de las autoras que más he admirado, a quien ojalá pudieran escuchar leer en voz alta sus monólogos. Carolina Ramírez siempre nos sorprende con su tono divertido e intrigante, ni siquiera la pandemia la detuvo, así como a ninguno de los asiduos conspiradores de estas estrategias para la creación literaria colectiva. Espero que la lectura sea de su agrado y que cada lector logre responder a la pregunta de las flexiones con sus propios brazos.

LA VACA ENOJONA

Leonardo Ortiz

En la diminuta finca de mi tío,
habita una vaca (de ella no me fio):
es de malas pulgas, no consiente nada,
si le piden leche, la entrega cortada.

Mi tío Facundo la llama Enojona,
pues lanza mugidos a cada persona
que accede a la finca sin su reverencia,
¡les muestra los dientes con toda indecencia!

La vaca Enojona duerme en el galpón,
tiene azucarados cachos de algodón,
cuando la despiertan, bate la cabeza,
¡cuidado le dañan la siesta a su alteza!

La cola es un fuste con el que amenaza
siempre que en su plato falta la melaza,
y con las pezuñas, en ámbar talladas,
si sal no le sirven, reparte patadas.

Un día le dije, ¿jugamos pelota?
Enrojó el hocico y me arrancó una bota.
Después de tragarla sin mucha fatiga,
me la dio de vuelta como una boñiga.

Sus manchas negruzcas, trozos de galleta,
nacieron de aquella primera rabieta
cuando le dijeron, ¡no sueñe, señora!,
una vaca nunca ha de ser escritora.

Y, ¡por tus orejas acarameladas!,
no les hagas caso a palabras erradas;
escribe poemas, novelas y cuentos,
y deja a los niños del mundo contentos.

En la diminuta finca de mi tío,
habita una vaca (ahora sí me fio):
con sus piernas gordas ¡y de plastilina!
pide que la llamen Poeta Cristina.



kj kj dushsjwirnk
j dncj dnnfjenakh
mnmcnmoeowfij
cnsuhscpsnc
unrnso¹⁰⁰pl
heчнаia

NEVERA DE ANDÉN

Nicolás Medina Lozano

Todos dicen que es la música del momento y la ponen en todo lado para que la escuche pero eso es pura mierda porque depende del güevón que la escuche y no de la canción. No sé inglés y me vale mierda además no entiendo ni culo pero hay canciones chimbitas como la de ahorita. Ella está sentada en la mesa y se ríe y se ríe y se ríe y en este momento se levanta y canta a todo pulmón y mueve las manos como tocando el bajo porque la guitarra no le gusta, le parece muy aburrida, cosa que no entiendo porque me parece más aburrido el bajo pero no importa yo no toco ningún instrumento porque para eso no sirvo aunque Camilo dijo que me metiera en las clases de música para ser bien bruto y que ella quisiera ayudarme, quién sabe si tiene una banda o algo por el estilo, si no la tiene debería tenerla pero con viejas porque los músicos levantan mucho.

Quiero acercarme pero no me atrevo y esa música no ayuda porque la veo más grande y mayor y decidida y hermosa y atrevida y bella y voy a llevarle una pola apenas cambie la canción ese dj marica necesito algo más movido que me ayude tal vez una salsita o un merengue. Yo me acuerdo de que Camilo me dijo una vez que con eso uno conquista fácil si baila bien y yo sé bailar porque ese man me enseñó. Igual no creo que pongan nada de eso porque este sitio es muy malo ahora este man se la fumó verde y puso una canción que solo conoce su madrecita, este tipo me jodió el parche aunque seguro Camilo estaría cantándola. Voy por una pola en bombas, jueputa tengo que ir rápido la nena está hablando con otra vieja rápido mesero marica rápido rápido rápido güevón que necesito mi pola, este hijueputa es un lento de mierda, sacaron a bailar a esta

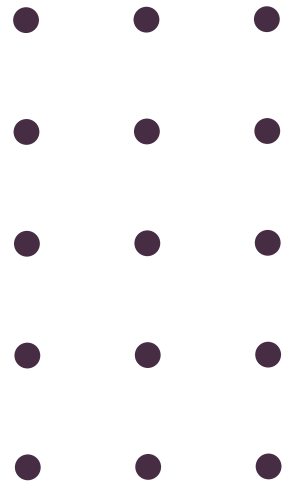
vieja y ahora sí me jodí, ojalá pudiera no pagar la pola, malparido bobo se están acercando si se besan me emborracho y me doy en la jeta con el primero que se atraviere así sea alto como era Camilo, menos mal aprendí a pelear con él ese man era muy áspero en las peleas.

El dj volvió a cambiar la canción y obviamente es salsa y obviamente esta vieja no va a sentarse y obviamente se fue todo a la mierda puso como electro o algo así re aburrido y la nena se sentó pero quién hijueputas va y le lleva una pola que se está calentando con esta música de mierda. La pola caliente es horrible una vez Camilo y yo compramos unas para tomarlas en la calle y recién compradas son re frías una delicia me encantan porque así es que se toman en todo lado pero esas polas no podíamos enfriarlas porque como estábamos en un andén pues no se puede porque en los andenes no hay neveras. Voy a patentar unas neveras para la calle que sean bien chimbitas y que no se puedan robar y que estén ancladas al piso y el que se quiera llevar una se electrocute por rata y que al lado de la nevera haya unas bancas o sillas o algo para sentarse para uno parcharla bien bacano con los amigos o el pelito o Camilo porque sé que le parecería muy áspera la idea. Entonces como estábamos en la calle empezaron a calentarse las polas y yo ya no quería tomarme esa joda pero Camilo dijo que el gas era para que se sintieran frías aunque estuvieran calientes y entonces se tomó las de él y las mías. Yo no sé qué tenía ese marica en la cabeza severa hueva yo creo que estaba re ebrio y por eso decía esas pendejadas ese Camilo era muy tonto pero muy sabio en peleas y levantando pero eso sí no me enseñó.



Severo tema y yo acá solo como un idiota porque los de la u me sacaron el culo y yo sé que Camilo ya estaría acá si pudiera llamarlo no sé qué me pasa pienso más en ese man que en la vieja parezco enamorado, si supiera lo que pienso me daría un puño y le diría a mamá que soy marica, mucha güeva ese Camilo. Qué boleta llevo acá como dos horas jartando solo porque tengo dignidad y plata y sed y no me iba a quedar con las ganas. No paila, el man está rozándole la mano yo creo que ese bobolito sabe de lenguaje corporal ojalá la nena no se pase la lengua por los labios o se toque el cabello porque ahí sí paila, eso lo hace una mujer cuando quiere que la besen me lo había dicho Camilo y ese loco sí sabía de viejas yo lo vi con unas nenitas re lindas y re buenas ese man sí que sabía, ojalá eso me hubiera quedado a mí y levantara con solo mirar y decir hola yo creo que es porque fumaba porque la gente que fuma levanta más porque se ven como sensuales o algo así. Yo creo por ejemplo que cuando esta nena fuma se ve re linda yo no sé, como más mala o algo así súper linda.

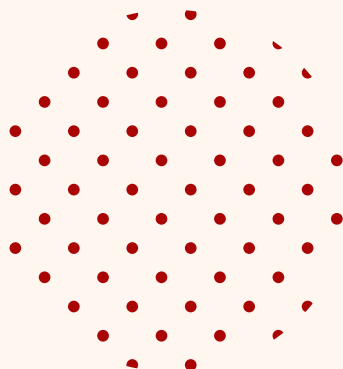
No marica necesito la botella de guaro yo acá solo sin nena sin amigos sin pelitos sin ganas de ir a esa puta casa sola sin Camilo, sin ni mierda con el semestre en la verga con examen mañana con ganas de orinar con mareo, extrañando a ese marica. Soy un estúpido debí irme a casa perdí los pasajes las polas, no la pola no se pierde si se toma, pero igual ya me largo porque la que pedí para esta nena ya se calentó y no tengo más plata y yo así no se la voy a dar y mi hermano ya no está para tomársela.



CUANDO LA BOCA ME SABE A SANGRE

Luz Verónica Sandoval

Cuando la boca me sabe a sangre comienzo a estremecerme, cierro mis ojos mientras levanto la mano derecha y con la punta de mi dedo índice toco mi lengua. Cuando abro mis ojos y lo que veo es transparente consigo un poco de calma aunque la duda continua. Pero cuando lo que veo es carmesí, intento alejarme porque en la otra habitación está mi hijo y no sé hasta cuando mi amor de madre pueda dominar mi sed de sangre.





¡Feuer! Era el gato naranja que había visto dormir varias veces en el sopor de las dos de la tarde. Quizá el mismo que azotaba las rejas a media noche y subía y bajaba las escaleras con sus botines de bajar de la montura y huir. Cosas de gatos, solía decirse, acallando el presentimiento. Los ruidos: el testeo de la incredulidad y de los quejidos necesarios de las rejas para el ataque definitivo; el click clack de todas las noches para que el candado por fin cediera; las botas que suben y bajan para los doce pares que bajarían sin marcha atrás; el presentimiento acallado por meses para el minuto justo en que el gato naranja, a traición, ordenara a su cuadrilla de bestias abrir fuego, gritando triunfal, definitiva y rabiosamente en el idioma en el que los gatos planearon durante siglos la toma del mundo.



ACTO I

Se abre el telón que no es un telón sino una ventana de Google Meet. Al fondo, en el escenario, se ve una mujer sentada frente a un computador. La única luz que la ilumina es la de la pantalla. Parece absorta en la escritura de un texto.

Estableciendo conexión.

Esa mujer puede ser cualquiera de los que a diario se sientan a trabajar frente al computador o al papel y que convierten una hoja en blanco en un mundo o en una reflexión sobre el mismo. La mujer intenta escribir un ensayo sobre ciencia ficción:

El retorno de la ciencia ficción

Muchas de las obras clásicas de la literatura de ciencia ficción escritas en el siglo XX proyectan los acontecimientos narrados alrededor del año 2000 y en los años posteriores: *Sueñan los androides con ovejas eléctricas* de Philip K. Dick o *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury, en ellas, los eventos y los personajes nos ponen ante situaciones liminales en las que sobrevivir se convierte en el único destino posible. En la tragedia ateniense, la contienda del hombre era un proceso de reconocimiento de la verdad en el que la acción era el camino hacia la catástrofe, mientras que en el futuro apocalíptico de la ciencia ficción, la batalla es contra fuerzas que no alcanza a comprender y escapan a cualquier control posible: las invasiones alienígenas, las guerras nucleares, los robots o los artefactos, los virus mutantes, entre otros.

Estos libros escritos en la primera mitad del siglo XX se imaginaron un futuro a partir de datos y acontecimientos que anticipaban un mundo en crisis: guerras nucleares, crisis ambiental, deshumanización del trabajo, el deterioro de las

relaciones interpersonales, la producción y el consumo desenfrenados. La ciencia ficción, por su estructura, sus personajes y por los acontecimientos que propone, tiene entre sus gregarios a lectoras y lectores solitarios, nerds, adictos a la tecnología, amantes de la ciencia y de las teorías conspirativas. Pero a comienzos del año 2020, el género experimenta un nuevo interés por parte de nuevos lectores. La pandemia y sus consecuencias: encierro, muerte e incertidumbre hacen que las personas revisiten esas narraciones en un intento por comprender. Palabras como virus, duelo, masivo, cuarentena, mortal, vacuna, se vuelven virales y los diccionarios en línea triplican sus visitas. El mundo está intentando poner en palabras una experiencia y el único lugar en el cual encuentra un atisbo de sentido es la ciencia ficción.

No es posible guardar los cambios. Revise su conexión a Internet.

Escena 1

Interior de una casa pequeña. Cocina mal iluminada.

La mujer que antes trabajaba frente al computador se prepara un café, entretanto vemos un gato que se pasea entre sus piernas y maúlla suavemente. La mujer no sabe cómo continuar el texto en el que trabaja y cada vez recurre a pausas más frecuentes. Siente que últimamente se bloquea más a menudo. Sumado a esto, tiene que pensar en el almuerzo y también en los pendientes del trabajo; “mañana empiezo a las 5 a. m.” se convence a sí misma. La mujer continúa escribiendo.

Hola de nuevo. Continúa donde lo dejaste...

Todas las historias sobre el fin de la humanidad tienen en común un rastro de responsabilidad y, por supuesto, de culpa. Algo hicieron los personajes que los llevó hasta ese momento, una decisión mal tomada, una duda, un error. La naturaleza se convierte en un poder supremo al que se puede invocar porque entraña una posible redención y al mismo tiempo un castigo. Por ejemplo, la erupción de un volcán que estaba inactivo durante muchos años puede simbolizar que la familia que vivía en sus inmediaciones, está descomponiéndose lenta y silenciosamente y ese pasado actúa como la lava incandescente que todo lo destruye y purifica.

Guardando los cambios.

La mujer levanta la mirada de la pantalla. Es de noche. Lo nota porque todo a su alrededor está en penumbra. Ha permanecido la mayor parte del día sentada en su escritorio improvisado en la sala, pero apenas ha escrito tres párrafos que además aún no corrige. Sabe que necesita más tiempo, que la escritura es una búsqueda, pero siente que no tiene fuerzas para seguir avanzando. “Y si todos los días escribo apenas dos párrafos, nunca voy a acabar este texto”. Los días contados en palabras avanzan más lento de lo esperado. Desactiva TikTok, Instagram, Twitter, se concentra en la respiración. “Mañana con suerte puedo escribir cinco párrafos”. Ocurre igual con las flexiones. Apenas podía hacer tres repeticiones al comienzo y hoy en día ya completa las diez. La escritura son diez flexiones con brazos flacos.

La mujer se ha quedado dormida sobre su escritorio...

Y sueña. Con los argumentos de futuros cuentos, con imágenes potentes para poesías abstractas, la mujer sueña con diálogos punzantes entre dos personajes. En instantes de lucidez se dice a sí misma: “debo escribir esto para no olvidarlo”.

Sueña que empieza a escribirlo, pero se encuentra con obstáculos: un sonido de origen desconocido, un grito, un animal extraño entre los dedos de los pies. Algo acaba de aprender: en los sueños también se procrastina. A la mañana siguiente, la mamá le cuenta un sueño inquietante que tuvo, antes de finalizar la llamada le pregunta: “¿y tú que soñaste?”. Pero la mujer no lo recuerda.

En la escritura no se avanza, sino que se tropieza constantemente. Como esos carros a control remoto que se golpean insistentemente contra la pared y que no pueden hacer reversa. Quizás todo termine cuando la batería finalmente se agote. La escritura nunca ha sido un camino hermoso para recorrer con un espejo, como leyó alguna vez que definía la novela un escritor ruso. En todo caso, si ella lleva un espejo, este está roto.

Silencio.

ACTO II

Se escuchan los ecos distorsionados de la voz del presentador de un noticiero. Entre las palabras se alcanzan a distinguir algunos términos: cifras, camas, pandemia, asintomáticos, cuarentena. Cuántas palabras. Confiamos en el lenguaje, en su exactitud. “Estoy bien” resume todos los logros de una vida, “estoy enferma” anticipa todo tipo de calamidades, pero también de posibles remedios. No estoy muy segura de que esto que digo tenga algún sentido, pero insisto. En los últimos meses nos hemos alejado un poco más entre nosotros y parece que al mismo tiempo, esto nos ha puesto en cercanía de las palabras. No puedo tocarte, pero aún puedo hablarte y mientras puedas escucharme debo insistir. Pasan los días y los números, los datos dejaron de sorprendernos.



Aún recuerdo cuando en Italia llegaron a los primeros 1000 muertos, me parecía increíble. ¿Dónde caben 1000 personas?, me preguntaba; en Facebook, en Instagram, en el estadio, en el concierto, en la universidad. Ahora esa cifra que parece tan insignificante comparada con la actual, es al mismo tiempo lejana, impalpable. 1000 estudiantes atendidos a través de la plataforma virtual.

Se ha cerrado la sesión.

Al fondo del escenario vemos a un hombre leyendo. Cada tanto cierra el libro y toma notas en un tablero digital. A veces esboza una sonrisa. A su alrededor se mueven varios caracoles eléctricos que dejan limpio el espacio. El hombre fuma y antes de que la ceniza toque el suelo, los caracoles paranoicos ya la han almacenado y clasificado en sus bocas de acero. Entre la basura recogen hojas de papel que depositan en una carpeta con el rótulo de Borrador. Recogen papel higiénico mojado con mocos, que visto de lejos parecen pequeñas palomas que merodean alrededor de los pies del hombre. Recogen también boronas de pan, secan una mancha de vino tinto, y guardan el corazón de una manzana sin semillas. Apartan una media del hombre y la depositan en el cajón que tiene el rótulo: interior.

Se escucha el motor de una máquina que lava automáticamente y seca la ropa cada dos horas, vemos una cafetera humeante con ruedas que se acerca a los pies del hombre y deposita café en su taza. Las pequeñas gotas que alcanza a salpicar son eliminadas de forma instantánea por los serviles caracoles. La tornamesa se activa a las 12.46 p. m. en punto y el espacio se llena con una melodía de Miles Davis. Al terminarse la melodía los caracoles regresan rápidos a sus guaridas herméticas.

Lo sentimos, algo salió mal.

De repente en su pantalla aparece una llamada entrante, es la mujer de la ciencia ficción, ¿la recuerdan? El hombre duda un momento antes de contestar, molesto por la interrupción de la lectura. Finalmente, desliza el dedo sobre la pantalla.

—¡Hola! Sé que no son horas, pero tienes que escuchar esto, es lo más largo que he escrito en muchos meses y quiero saber si realmente es bueno o estoy alucinando y creyendo cosas que no son ciertas. Últimamente siento que todo lo que escribo es basura, pero no sé, con estos párrafos tengo un sentimiento diferente.

ACTO III

El hombre de los caracoles y la mujer de la ciencia ficción están en una sala de Zoom junto a otras personas. Se ven sus rostros sonrientes en las pantallas. Una persona les da la bienvenida:

—Buenas tardes para todos. Es un placer para nosotros contar con su presencia en el lanzamiento de la primera obra de nuestra editorial. Sabemos que están ansiosos por conocer a la autora. Es por esto que sin más preámbulos le damos la bienvenida a Lucía Mercier.

—Hola a todos y gracias por invitarme.

—Lucía, cuéntenos un poco sobre el proceso creativo. Sabemos que toda esta coyuntura de la virtualidad tiene algo que ver.

—Sí, mira. Yo tenía 10 años cuando ocurrió la primera pandemia y a partir de ese momento empezó todo este camino. Yo hice todo mi colegio y la universidad en modalidad virtual, porque como ustedes bien lo saben, en Latinoamérica solo unos pocos pudieron vacunarse y

en ese momento a los niños no nos vacunaban, así que mientras organizaban el proceso de inmunización de los docentes, médicos, ancianos, etc., pues los niños y los jóvenes tuvimos que seguir estudiando en casa. Bueno, pues ese proceso fue más largo de lo que todos se esperaban y salió súper mal, y por eso, a causa de lo que llaman el segundo Bogotazo que ocurrió cuando yo tenía 15 años, a todos nos encerraron en la sabana de Bogotá por los siguientes 7 años. Mi mamá y mi hermano quedaron atrapados en Paipa, porque estaban visitando a la abuela, y yo quedé en casa con mi papá. Él era docente y trabajaba en la Universidad del Bosque. La represión de esos años era muy violenta y cada día a los muertos por Covid había que sumarle los muertos de las marchas, de la represión policial, de los saqueos, del desorden y el caos absoluto en el que estaba sumida mi ciudad. Entonces, yo terminé la universidad y lo que seguía era esperar una plaza como docente, pero era difícil porque si recuerdan la deserción era tremenda, habían cerrado un montón de universidades, entre esas la universidad en la que trabajaba mi papá, y en ese momento, él tuvo que salir a trabajar en la ilegalidad. En ese momento, cualquier tipo de venta ambulante, no importaba si eran alimentos, frutas o agua, era ilegal. El monopolio de los mercados lo había asumido la empresa de gaseosas Postobón y tener un negocio propio era imposible. De manera que mi novela inicia en ese momento, con el cerco de Bogotá y todo lo que conllevó el segundo Bogotazo.

—Habías salido del país pero tuviste que volver muy pronto por la enfermedad de tu papá. ¿Cómo fue ese momento? ¿Cómo lo afrontaste?

—Fue un momento muy duro y de eso también hablo en la novela, que puede ser leída como una ficción autobiográfica porque narro los acontecimientos desde el punto de vista de mi papá y de otro personaje que tiene un rol fundamental. Entonces siento que así estoy dándole

una voz a mi padre, pero se trata de una voz filtrada por la mirada de la adolescente que yo era. Después de que empezaron a abrir las fronteras y para prevenir un nuevo estado de sitio, empezó el proceso de salida de algunas personas. Esto fue muy paulatino porque querían evitar una estampida total, ellos sabían que, si abrían del todo, la mayoría de personas abandonarían Bogotá porque era la ciudad con mayor represión de todo el continente. Así que había que solicitar un permiso que te otorgaban solo después de cumplir con un montón de pruebas y de pasos. Era un asunto laberíntico, podías quedarte en medio del proceso por un mínimo paso en falso, así que yo me concentré todo lo que pude en las pruebas. Asistí a todas las citas y permití todas las inspecciones que hicieron en mi casa, en mi computador, en el correo, en el celular; lo controlaban todo para verificar que ibas a volver. Lo que yo siento es que a mi papá lo mataron para que yo volviera, pero me ocultaron que estaba muerto.

Guardando los cambios.

La conversación se extiende varios minutos. La mujer de la ciencia ficción piensa que en unos años puede incluir el libro de Lucía Mercier en su investigación. El hombre de los caracoles se siente un poco perdido, todo eso de la literatura de la pospandemia lo tiene un poco hartado, pero su amiga había insistido tanto que no fue capaz de negarse. Al fin y al cabo, él también es escritor y debe familiarizarse con ese tipo de dinámicas. De hecho, por momentos se evade de la charla y tiene ensoñaciones en las que él es el entrevistado y habla y comenta su novela, que no tiene nada que ver con el virus, es más, es una historia ambientada en un pasado remoto. La mujer de la ciencia ficción sabe que no tiene ninguna posibilidad con el hombre de los caracoles, no solo por la diferencia de años. La mujer habita el año 2020 y el hombre el 2080. La tecnología les permite conectarse en un tempus fugit que es lo más parecido a la ausencia de tiempo.

• **MEMBRANA**
no.2 •

